

ASALTO A LA DEMOCRACIA

DE la confusión y la tragedia del fin de semana hay algo que queda completamente claro: la opción de España, el camino de España, no está entre los asesinos con sus equívocas siglas y el fascismo que se muestra con brazos en alto y consignas contra el régimen, la democracia, el Parlamento y los partidos políticos. Queda claro que una reproducción del año 1936 no puede tener lugar, aunque se quiera hacer con la minuciosidad científica de un laboratorio dirigido por un loco. Y que tampoco está en una dictadura repentina, en un golpe militar o en una solución de autoridad ciega. Ni las causas defendidas de la abyecta manera con que lo hacen los asesinos, ni la gran causa nacional, pueden ser, por estas vías, más que vulneradas y traicionadas. Ningún medio está jamás justificado por sus fines; los medios son fines en sí, argumentos completos. Un medio como el del asesinato de los militares o la matanza en una cafetería equivale a un programa completo: la mentalidad, la bestialidad de quienes actúan así les hace perfectamente imaginables en una situación de poder, si la alcanzasen: sería el poder de unos asesinos. Y la opción de quienes reaccionan emocionalmente —en teoría: hay una frialdad, una preparación, unas consignas para inflamar un cierto material humano— y atacan a un régimen que es al mismo tiempo una víctima, unos partidos políticos que no son sólo ajenos a los atentados, sino apuntados por los mismos asesinos, incluso unos fotógrafos o unas cámaras que tienen en sus manos un instrumento objetivo de la realidad, muestran un irracionalismo que, en este caso, no hay ni siquiera necesidad de imaginarse cómo se produciría desde un poder, porque ya

hay experiencias, nacionales y extranjeras, de ese comportamiento.

Pero, al margen de cualquier razonamiento, queda una sensación de pesadilla. La pesadilla de la repetición casi idéntica de sucesos que han ocurrido ya, y el presentimiento de que van a volver a

ocurrir. Los mismos asesinos, las mismas tensiones, las mismas consignas en las manifestaciones, en la prensa antidemocrática. Las mismas condenas, por las mismas entidades, partidos, instituciones: los mismos editoriales... y las mismas víctimas. ¿Por qué se ha elegido ahora

a este militar, por qué se eligieron antes otros? ¿Por qué unos policías nacionales, unos guardias civiles? Porque pertenecen a esas fuerzas. Parece que sólo se selecciona a unos o a otros en razón de la mayor facilidad para perpetrar los asesinatos, para huir después de cometido el crimen. Y por la indefensión —observada, estudiada— de las presuntas víctimas con respecto a otras posibles. El objetivo es el uniforme, la significación. Lo que busca el grupo asesino ETA-Grapo —y cualquier otra sigla que aparezca— es la reacción.

En la misma razón elige las fechas. En vísperas de votaciones, de decisiones parlamentarias importantes, de hechos significativos. En este caso concreto, inmediatamente después del debate en el Congreso sobre la "seguridad ciudadana" —concepto amplio, difuso, cargado—, inmediatamente antes de los homenajes a la bandera, del Día de las Fuerzas Armadas. Primero, para demostrar que cualquier debate, que cualquier Decreto, que cualquier muestra de firmeza carece de importancia en esta batalla. Luego, para aprovechar momentos emocionales, concentraciones militares, reuniones en torno a los militares y a la bandera de quienes han de servir de amplificador de los motivos últimos del terrorismo.

Tampoco en esta ocasión —la misma pesadilla— ha faltado ese eco. El mecanismo ha funcionado perfectamente. Apenas se había consumado el salvaje atentado cuando las mismas voces de siempre, las mismas personas de siempre, comenzaban ya sus palabras y acciones. La acusación a la democracia se mezclaba, con el mismo desprecio por la lógica de siempre, de peticiones de acciones descabelladas para



Un fin de semana trágico: arriba, rescate de los cuerpos de las víctimas del atentado contra California 47; abajo, familiares de los cuatro militares asesinados, durante los funerales.



Protegido por un cordón de policías, el cortejo fúnebre con los restos mortales de los militares asesinados el viernes pasó junto al Retiro.

salvar la democracia. Los mismos insultos al Gobierno, a sus personalidades más destacadas, los ataques directos y personales a la prensa —¿por qué a unos fotógrafos? Por la misma razón por la que los asesinos eligen a sus víctimas: porque son fácilmente identificables por su material profesional—, las mismas peticiones de golpe de Estado.

La identidad entre los asesinos y los coristas resulta trágicamente unánime. Pretenden lo mismo, desde sus

lejanos puntos de vista: producir una reacción entre las víctimas, desprestigiar la democracia, mostrar la debilidad de sus instituciones cívicas, romper esta baraja apenas estrenada en la que todo el país espera encontrar una ocasión de juego. Reinstaurar una dictadura.

La diferencia está en que los asesinos creen que un movimiento irregular en España y unas acciones violentas de represalia producirían unas reacciones populares determinadas, y los coristas

estiman que su minoría, ridiculizada y reducida en sucesivas elecciones, abandonada por todas las clases de la nación —menos los grupos que las quieren mantener en reserva, para utilizarlas como les convenga— iba a llevarlas al monopolio del poder y a la vieja explotación del país. Son dos espejismos. Ni este es un país capaz de volver a una guerra civil, ni tampoco es un país dispuesto a volver a un sistema dictatorial que, por otra parte, no ha supuesto nunca ni supone en ningún lugar del mundo una garantía contra la violencia. Aunque se la sustituya por otra.

* * *

Una sensación de pesadilla: no sabemos cuándo estos sucesos se van a reproducir, ni contra quién o contra quiénes. ¿Cómo se van a desarrollar los acontecimientos?

Hay un dolor inmediato por las víctimas, una solidaridad directa con ellas, con sus familiares, un sentimiento humano de horror y piedad, y de repulsa por los asesinos. Una indignación, una cólera: no hay causa suficientemente justa para el crimen, y la justicia que pudiera haber en su fondo, la perdería inmediatamente. Nadie que llegue a conseguir sus objetivos por esta vía es merecedor de ellos.

Pero hay, inmediatamente después, una preocupación por lo que pueda pasar, por lo que se está tratando de hacer de este país —de esta patria, de esta nación: tam-

bién la discriminación en las nomenclaturas va siendo ya cargante, y está cubierta de demasiadas impurezas en todos los sentidos como para seguirla manteniendo—, hospitalizada por un puñado de asesinos —no tan pocos, probablemente, ni tan aislados: llevan actuando muchos años, desde el mismo centro cronológico de la dictadura, y no se acaba con ellos—, soliviantada por unos corifeos que no tiene el menos pudor en explotar unos cadáveres.

Y con la perplejidad de un Gobierno atezado, inconsecuente, que lo mismo exhibe por la dureza de un ministro del Interior una panoplia de seguridades que ofrece unas salidas políticas, sin que en ningún caso estas exhibiciones lleguen a pasar de lo puramente verbal, y de un juego de dejar pasar el tiempo.

Más de una vez hemos advertido desde aquí que el tiempo no es el aliado de este Gobierno, sino más bien su enemigo: que los problemas, en lugar de disolverse y atenuarse, van creciendo. Como van creciendo en capacidad y en osadía todos los enemigos de la democracia.

Si los gritos de las consignas contra el Gobierno son injustos, y no van dirigidos sólo contra él, sino contra un régimen y un Estado que no convienen a los que gritan, la realidad es que el Gobierno está dejando pudrir su situación, no está apurando las responsabilidades. Y el tiempo se le está acabando. ■



Cubierto con una lona, el automóvil donde viajaban el teniente general Gómez Hortiguéla, los coroneles Laso Corral y Avalos Jiménez y el conductor Gómez Borrero, es subido a un camión.